



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 25 (2019)

LA MODA COMO SÍMBOLO DE EXPRESIÓN PATRIÓTICA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA DECIMONÓNICA

Rocío Ruíz Cáceres
(Universidad de Alicante)

Recibido: 06-03-2019 / Revisado: 29-05-2019

Aceptado: 29-05-2019 / Publicado: 20-12-2019

RESUMEN: La preocupación de los novelistas españoles del siglo XIX por el sentimiento nacional posibilita la defensa de lo español como símbolo de grandeza absoluta y uno de los medios a través del cual pretenden demostrar que lo típico español es tan bueno o mejor que lo que procede del extranjero es la moda, la vestimenta.

PALABRAS CLAVE: siglo XIX, literatura, patriotismo, moda.

FASHION AS A SYMBOL OF PATRIOTIC EXPRESSION IN SPANISH DECIMONONIC LITERATURE

ABSTRACT: The concern of Spanish novelists from the 19th Century for the national feeling leads them to defend what is Spanish as a symbol of absolute greatness and one of the means through which they intend to demonstrate that what is typically Spanish is as good, or even better than what comes from abroad, it is fashion, clothing.

KEYWORDS: 19th Century, Literature, Patriotism, Fashion.

En la literatura decimonónica encontramos en numerosas ocasiones a unos autores preocupados por el sentimiento nacional, manifestando una defensa de lo español como símbolo de autenticidad y de grandeza. Ese afán por demostrar que lo propio es tan bueno o mejor que lo que pueda proceder de fuera de nuestras fronteras se percibe a través de la política, de la cultura, de las artes, de la forma de ser y de actuar de los personajes que aparecen tanto en el mundo de ficción de los novelistas como en los artículos de costumbres de Mesonero Romanos y Larra y, evidentemente, a través de la indumentaria de estos.

Desde siglos atrás los ropajes han tenido siempre una connotación de estatus social (Ruíz, 2018: 306-307). De hecho, las evoluciones o las modificaciones de los estilos han estado sometidos a los cambios de las clases dominantes, sobre todo a las monarquías, que eran los grupos sociales más importantes y a los que intentaban imitar las clases inferiores por lo general, ya que muchas veces la realeza tomaba prestada las modas de otros países como símbolo de refinamiento y buen gusto, hecho que a los sectores más patrióticos no agradaba y era objeto de crítica, bien en tertulias o vistiendo con las típicas prendas más castizas a fin de demostrar su rechazo hacia las modas extranjeras. Ejemplo de ello lo podemos observar en la novela *Pequeñeces*, del Padre Coloma, donde muestra la atmósfera de resentimiento por parte de la nobleza española contra la monarquía de Amadeo de Saboya. Novela que describe unos hechos históricos que tuvieron gran repercusión en la época, quedando reflejados en la prensa española del momento. Se trata del *episodio de las mantillas y peinetas* donde las damas lucieron las prendas más castizas y autóctonas como señal de desprecio contra la monarquía de Saboya, defendiendo con tal actuación a la monarquía alfoncina:

Ellas con sus alardes de españolismo y sus algaradas aristocráticas, habían conseguido hacer el vacío en torno de don Amadeo de Saboya y la reina María Victoria, acorralándolos en el palacio de la plaza de Oriente, en medio de una corte de cabos furrieles y tenderos acomodados, según la opinión de la duquesa de Bara; de indecentillos, añadía Leopoldina Pastor, que no llegaban siquiera a indecentes. Las damas acudían a la Fuente Castellana, tendidas en sus carretelas, con clásicas mantillas de blonda y peinetas de teja, y la flor de lis, emblema de la Restauración, brillaba en todos los tocados que se lucían en teatros y saraos (Coloma, 1977: 72).

Novela, *Pequeñeces*, que esgrime lo castizo español para expresar su animadversión contra los Saboya en el año 1871, pues una gran parte de la nobleza española no era portadora de los valores tradicionales españoles, de sus costumbres y formas de vivir, de ahí que se identificara de forma bien contraria a los Borbones, amantes de las costumbres y tradiciones españolas, eligiendo para ello la vestimenta de los majos y manolas como símbolo de lo genuino español. Manifestación que no siempre fue aplaudida por parte de la sociedad española, pues fue censurada por parte de la intelectualidad por considerarla ridícula y absurda. El corpus epistolar de Valera es harto significativo para ilustrar la identificación de lo español con la peineta de teja y la mantilla. Sirva como botón de muestra uno de los muchos ejemplos que el lector puede conocer a través de su copioso epistolario¹.

¹ En la carta a su hermana Sofía, Valera desde Madrid, 23 de marzo de 1871, le comunica los detalles de una manifestación en la Fuente de la Castellana hostil a la reina María Victoria de Saboya, en donde «haciendo alarde de españolismo rancio, para probar su odio a los príncipes extranjeros, La Morny [condesa de Morny] y la Acapulco han sido de las más conspicuas entre las españolísimas, yendo de máscara a la calle, vestidas de maja del año 1808, con peineta de teja, mantilla y otros excesos. Los periódicos de la situación se han burlado mucho de esto y han

Por ende, la moda no es simplemente un vehículo a través del cual el personaje que viste un determinado atuendo muestra su condición social, su forma de ser, su actitud o su carácter, sino que también ofrece la posibilidad de exponer un descontento o una rebeldía en un momento o en una situación determinada. Muchos escritores del siglo XIX se apoyan en este planteamiento y aprovechan el tema de la indumentaria según deseen respaldar o criticar a ciertos sectores de la sociedad, dependiendo del talante ideológico de cada autor, aunque siempre desde una de esas dos opciones específicas: la patriota y la antipatriota.

Uno de los primeros escritores en utilizar el tema de la moda como hilo conductor de su censura hacia las costumbres extranjeras fue Ramón de la Cruz. En sus sainetes vierte innumerables alusiones a la moda española del momento desde una perspectiva divertida y, en ocasiones, algo exagerada. Por ejemplo, en su sainete titulado *Las escofieteras*, cuya trama es muy simple, nos cuenta la actividad en el interior de una tienda de modas, cuya intención, además de la pintura de los personajes, es el reproche de la manía por todo lo extranjero y la desconsideración por lo español. En él, un paje define el atuendo de su señora, distinguiéndolo de las modas castizas: «No es cofia, sino escofieta, / que mi señora no es maja, / para gastar charrerías» (De la Cruz, 2006: 296). Ramón de la Cruz hace uso del tema de la indumentaria para asociar ciertos términos de prendas de vestir, en este caso un accesorio para cubrir la cabeza, como signo de buen gusto; su objetivo es reflejar la percepción que había en la época de estimar con un valor superior las piezas de moda que provenían del exterior, siendo éstas consideradas de mayor refinamiento y categoría que las que existían en España. Esta «tensa» situación entre los defensores de las modas españolas y los detractores de las mismas, llevó a que la población desarrollara una tenaz xenofobia contra los petimetres, bastión de los gustos extranjeros, sobre todo franceses (González, 1994: 20-21). Los majos y majas, tipos auténticos y genuinos, aparecen en la época de Ramón de la Cruz, como en el ejemplo expuesto anteriormente en el que se da una imagen no muy grata de ellos. El arquetipo del majo se fue abasteciendo de una serie de elementos que formaban parte de la indumentaria tradicional, pero que en la segunda mitad del siglo XVIII se constituyó en un estilo muy propio que fue aceptado, adoptado y difundido por todas las clases sociales, incluida la aristocracia. La literatura del momento se hace eco de este choque cultural, expresado a través de la moda, de los aditamentos externos y de las costumbres².

estado algo insistentes con La Morny [...]. Del bueno de Miraflores [marqués de] también han dicho que ha querido vestirse de españolismo del tiempo de la guerra de la Independencia [...]» (Valera, 2003, II: 440).

² La identificación de la vestimenta popular con el españolismo encuentra, como es bien sabido, perfecto acomodo en los cuadros de Goya, especialmente en el titulado *La gallina ciega*, en donde se advierte el contraste de la moda nacional y castiza frente a la de carácter internacional, europea, sin identidad precisa, aristocrática. En dicho cuadro de Goya se percibe con nitidez una pareja: un hombre con casaca marrón y la dama con un sombrero de grandes plumas. Lo genuino, lo nacional, frente a lo extranjero. La moda como contrapunto de identidad, tal como se constata en numerosos artículos costumbristas publicados en el siglo XIX. *Majismo* que tendría sus censuras críticas por parte de los ilustrados, tal como se advierte desde las páginas de *El Pensador*, poco dado, sin embargo, a alabanzas a los tipos populares, infravalorados en gran manera por Clavijo y Fajardo, cuyo periódico no solo censura la manía de la nobleza en vestirse de majos, sino también de la conducta y grosería de los mismos: «Vm., señoras, suelen admitir a su trato, a su amistad, y tal vez a su favor a una casta de hombres, cuyos esfuerzos solo miran a degenerar de lo que son; a unos entes, que procuran hacer gremio separado, y el más bajo de la sociedad; en fin, a unos monstruos, que, mal hallados con un nacimiento distinguido, solicitan oscurecerlo, tomando el traje, el tono y las acciones de *Majos*; y este es otro efecto muy perjudicial de la ignorancia. Si Vms. se aprovecharan de su discernimiento, y no se dejasen arrastrar por la costumbre, no concederían su trato, ni su amistad a unas gentes, cuyo gusto depravado consiste en confundirse con la canalla; y que desmintiendo su origen, y huyendo de parecerse a las personas de su clase, hayan sus delicias en frecuentar, e imitar a la escoria del Pueblo; pero Vms. suelen no entenderlo así, y en vez de mirar con desprecio a unos hombres, cuyo trato grosero debía ofenderlos, y cuyas palabras, y acciones indecorosas son el escándalo, y la vergüenza de los estrados, no faltan algunas Señoras que hagan profesión pública de *Majas*» (Clavijo, 1763, I, XIII: 22-23).

Entre los autores más acérrimos defensores de la moda española del siglo XIX destacamos a Mesonero Romanos. En sus obras, en las que se describen las prendas con gran lujo de detalles, se evidencia su gran conocimiento y dominio de la moda de la época, observándose ese punto de vista patriótico que le lleva a defender las piezas creadas e ideadas en la nación por encima de cualquier estilo venido del extranjero, sobre todo de París, que era la cuna de la moda en la época. En sus textos se aferra a la idea de que no hay nada más importante como preservar las costumbres propias del país, que son las que identifican a los españoles como personas auténticas, legítimas y verdaderas. Sus escritos revelan la exaltación patria, el proteccionismo de las producciones propias frente a la importación de modelos, abogando por el uso del traje tradicional, cuyos portadores eran los majos, utilizando siempre un lenguaje suave y burlón: «[...] y a pocos pasos les seguía un grupo de majos de chaqueta y vara, [...]» (Mesonero, 1993: 211).

No podemos obviar al hablar de Mesonero y del tema de la moda la publicación periódica el *Semanario Pintoresco Español*. Aunque es en este punto donde destacamos, también, como posible fuente periodística *El Pensador*, una de las publicaciones más importantes que aborda por primera vez en sus páginas el tema de la indumentaria. José Clavijo y Fajardo, su fundador, no solo arremete contra la superstición, la charlatanería de los pedantes, sino también contra las modas absurdas, las apariencias o la hipocresía. Su propósito no es otro que censurar los vicios y ridiculeces introducidos en la sociedad española. Una publicación, por tanto, de marcado carácter patriótico, si nos atenemos a la incidencia de la moda española en la sociedad. Mesonero Romanos, por su parte, intenta apartarse de los periódicos tendenciosos, ideológicos, políticos, pues persigue una intención literaria, además de la descripción de la ciudad de Madrid, con sus tipos y toda una serie de rasgos que les caracteriza, como es la vestimenta. Fue el fundador del *Semanario Pintoresco Español*, al que define como una publicación suya propia, exclusivamente literaria, pintoresca, entendida como una imagen viva y animada del Madrid de su época, una imagen agradable, digna de ser pintada y pasar a la literatura (Rubio, 2005). Su propósito fue generalizar la afición a la lectura y el conocimiento de las cosas del país, su belleza natural, sus monumentos artísticos, sus acontecimientos históricos y su vestimenta, que es mostrada a través de los grabados, intencionalidad que se evidencia en la *Advertencia* que figura en el inicio del primer número de la publicación, 1 de abril de 1836.

Tras su cese se introdujo el nuevo apartado de nombre *Sucesos Contemporáneos*, que refleja una serie de motivos relacionados con la vida social española y extranjera. Durante su estancia en el periódico la edición tenía un marcado acento literario, artístico, pero tras su dimisión se incluyeron artículos denominados *Modas de París*, donde se daba cuenta de las tendencias y novedades que se pueden ver en la capital gala, comparando la actitud de las parisinas con la de las españolas, así como también las diferencias existentes en el uso de ciertas prendas debido a la disimilitud de temperaturas entre París y Madrid:

No es esta seguramente la estación en que mas luce la moda, pues al paso que París parece entregado a la sencillez y casi a la indiferencia, sus elegantes van a ostentar sus gracias a Badén, Spá, Aix en Savoya, y en otros sitios privilegiados, donde en medio de la alegría, de bailes y fiestas, lucen el gusto caprichoso de sus trajes. El dibujo que ofrecemos hoy a nuestros lectores, puede considerarse como un tipo exacto de las modas de esta estación. Un vestido de barege con dos faralaes grandes bordados con estambre y con festones mates. El sombrero de paja de arroz, adornado con una guirnalda de flores. Este traje es el que usan las elegantes para dar sus paseos por la mañana en la ciudad. Si alli tuvieran las hermosas mañanas de verano que aqui disfrutamos, a buen seguro que no serian tan perezosas como

muchas de nuestras bellas, que prefieren el sofocante calor de la cama, que perjudica a su salud, a salir sencillamente vestidas a respirar en el Retiro el aire puro de la mañana, que robustece, y daría mayor brio y realce a su hermosura. La concurrencia de la sociedad elegante a un paseo ameno en el verano por la mañana, contribuiría a dar vida y movimiento a la elegancia, que permanece encerrada en las casas durante toda la estación del calor. Ya que no vamos a los baños de Spá, de Bagneres y otros, y ni aun casi a los infinitos que hay en España, y que la concurrencia mejoraría mucho en todos sentidos, aprovechemos al menos los pobres recursos que ofrece la Capital, disfrutando el áura suave de la mañana (1843: 280).

La aparición de esta nueva sección supuso una gran innovación, ya que en esta época en Madrid no se publicaba ninguna revista de modas. De hecho, la única revista editada unos meses antes del inicio de esta Tercera Serie fue *El Elegante. Periódico de Modas y Literatura*, semanario de fugaz trayectoria que tan solo sobrevivió unos meses, de febrero a mayo de 1841. El subtítulo de la publicación hacía alusión explícita al contenido de sus páginas: *Un pliego de marca regular, con figurines, patrones y piezas de música*.

Otra de las publicaciones que también exaltará el amor patrio entre sus artículos referidos a la moda será el *Correo de las Damas*, que el 7 de enero de 1835, en el primer número de su nueva época (Imprenta de J. Palacios), de la mano de Antonio María Segovia, uno de los escritores más castizos y defensor a ultranza de lo nacional declara que, si bien el periódico seguirá informando de la moda de París, tratará de proteger el espíritu nacional. Agitado por este pensamiento nacional, durante unos meses intentará proteger y defender a la tradicional mantilla frente al, cada vez más, extendido sombrero, basándose en el planteamiento de que los sombreros femeninos proliferaban en tal cantidad en el Prado que era difícil no imaginarse que la mitad de las mujeres que integraban la afluencia no eran francesas. Cabe citar también la célebre publicación *El Artista*, excelente periódico literario y de bellas artes dirigido por Eugenio de Ochoa y Federico Madrazo que aplaude la actitud de *El Correo de las Damas*, felicitándole por haberse levantado en contra del antipatriótico uso del sombrero. *El Artista*, a pesar de sus denostadas censuras a los clásicos, a los *pastores clasiquinos*, censurará determinadas modas provenientes de Francia a fin de ridiculizar damas y petimetres ociosos carentes de cultura (Jiménez, 1997: 151-167).

Mesonero era consciente de que los cambios en las modas del vestir se daban con gran celeridad en el país vecino, que era quien dominaba el sector, ya que en París residían los más afamados modistos, sastres y costureras, y evidentemente era quien dirigía los pasos que debían seguirse para ir vestido a la última moda. En España los cambios, si se producían, eran más relajados, no se tenía esa premura. De modo que los grupos sociales que estaban totalmente cautivados por la moda seguían las indicaciones de la capital francesa, desdeñando en cierta medida la pasividad de la moda española, que no mostraba atisbos de cambio alguno. El autor alude a esa pasión de cierto sector social español por las modas francesas que imperaban y que se imitaban en toda Europa: «[...] el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesa, el entusiasmo por sus modas [...]» (Mesonero, 1993: 123).

Esa imagen de un determinado sector de la sociedad que favorece las costumbres ajenas a las propias le lleva a mostrar a Mesonero Romanos ese sentimiento nacional, esa nostalgia por el tiempo pasado, donde las costumbres eran las propias del país y no se adaptaban a ninguna moda venida del extranjero: «¡Dichosos tiempos, en que no se habían inventado aún las barbas prolongadas ni el bigote retorcido, o se habían dejado como patrimonio a los militares y capuchinos!» (Mesonero, 1993: 421).

Otro ejemplo de anhelo por las costumbres nacionales que son sustituidas por la adopción de nuevas modas forasteras aparece en su artículo «Al amor de la lumbre o el brasero». Don Ramón añora algunas tradiciones antiguas que son reemplazadas por otras provenientes de más allá de nuestras fronteras, llevando a cabo una relación comparativa con las costumbres típicas referidas a complementos como la capa y la mantilla: «[...] el brasero se va, como se fueron las lechuguillas y los gregüescos; y se van las capas y las mantillas, como se fue la hidalguía de nuestros abuelos [...]» (Mesonero, 1993: 440). Nostalgia hacia tiempos pasados donde no existían productos de fuera del país que ocupasen un lugar en nuestras casas o en nuestros armarios, sino que era una época en la que todos los artículos que se consumían se fabricaban en nuestro territorio, con toda la autenticidad que eso implicaba, porque la funcionalidad de ellos dependía de las necesidades de los españoles.

Mesonero Romanos alude a la mantilla como símbolo de identidad nacional, como también así lo reflejó en *Pequeñeces* el Padre Coloma, tal como advertimos en líneas anteriores. En su artículo «El sombrero y la mantilla» (1835), realizó una defensa radical de una de las prendas más representativas de la mujer española que se ve relegada a un segundo plano por el sombrero, más del agrado europeo, sobre todo por las damas de clase alta, que con el paso de los tiempos se convertiría en una pieza imprescindible sin la cual las damas no saldrían a la calle. A través de esta prenda de vestir se podría discernir, según sus materiales, ornamentos y colorido, la clase social de su portadora.

Esta crítica se prolongaría hasta los costumbristas de la segunda mitad del siglo XIX. Mesonero Romanos no desdeñará lo extranjero por el mero hecho de serlo, sino que viajará a otros países como si con ello quisiera encontrar el justo término de comparación. Sale al extranjero como un curioso observador que analiza los progresos, el civismo y las reformas efectuadas en todos los núcleos urbanos³. De ahí que sus artículos de costumbres se asemejen a un mosaico en el que tendrán cabida todos los tipos y escenas castizas del Madrid de su época.

La intransigencia del escritor costumbrista se canaliza a través de la depravación de las costumbres españolas. Mesonero Romanos critica, por ejemplo, la figura del gabacho o afrancesado por considerar funesta una educación basada en modelos extranjeros, sin tener en cuenta los valores o el significado que tienen. Adopta una actitud xenófoba consciente de que la corrupción de las costumbres está motivada por la influencia del exterior, de ahí que arremeta contra lo extranjeroizante y ridiculice sus comportamientos y sus hábitos. Muestra de ello lo podemos apreciar en su artículo «El Retrato» donde alude

³ Cabe recordar a tal respecto su excelente libro *Recuerdos de viajes por Francia y Bélgica, en 1840 a 1841* en el que Mesonero nos muestra un cuadro animado y crítico de la forma de vivir en París, fundamentalmente. Una visión perfecta, detenida, puntual, sin dejar nada en el vacío. Mesonero, atento observador de la realidad, escudriña y observa hasta el más mínimo detalle. El París animado y mercantil impresiona en gran manera al escritor, fundamentalmente las galerías de *Palais Royal*. El entramado urbanístico, medios de desplazamiento, comercios, jardines, espectáculos, monumentos, entre múltiples aspectos, serían objeto de atención por parte de Mesonero. Peluqueros, sastres, comercios que ofrecen todos sus productos al público que, atento y preocupado por su persona y su belleza, no duda en adquirirlos: «Un peluquero, entre la inmensa multitud de pelucas, botes, cepillos, esponjas, peines y demás muebles de tocador, coloca bellísimas y expresivas figuras de cera que ofrecen en su tocado las últimas modas, en sus gracias perpetuas la moda de todos los tiempos, la hermosura [...] un zapatero, un sombrerero, una fábrica de guantes. Saben presentar sus elegantes artefactos con tal abundancia y capricho, que rayan en la extravagancia. – Toda ponderación es poca para pintar el grado de belleza y ostentación que explayan todos los almacenes de muebles, y los de sedería, algodones y lienzo, la riqueza de sus chales de cachemira, y la inmensidad de piezas de telas de cuantos gustos y caprichos puede inventar la imaginación; y sería también atormentarla el seguir en sus diversas fases la instable variedad de la moda que en sombrerillos y prendidos, camisas, flores y bordados presentan a cada paso y a cada hora las innumerables tiendas de modistas y costureras» (1881: 11-112).

a través de diferentes expresiones a las diversas denominaciones recibidas por aquellos que seguían fielmente las modas:

[...] visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un gran destino, tenía una esposa joven, linda, amable y petimetra, [...] Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un lechuguino del día), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía a veces la partida de mediator a la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo, disponía las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué a animar la tertulia con unas picantes seguidillas a la guitarra, o bailando un bolero que no había más que ver (Mesonero, 1993: 136-138).

El escritor madrileño hace uso de vocablos ya en desuso, como *pisaverde* o *petimetra*, que han sido sustituidos en el siglo XIX por la voz *lechuguino*, que define al joven rígido seguidor de la moda, con un indiscutible desprecio. No se trata de una gracia, una chispa para crear cierta sonrisa amistosa, sino que es un insulto, un vocablo empleado con displicencia para mostrar su descontento. El *lechuguino* es un joven que aparenta ser mayor para galantear a las damas, a las que desea conquistar, se compone mucho y sigue rigurosamente las modas, sin tener mayores pretensiones. Mesonero continúa haciendo referencia a la moda, en el artículo «Los cómicos en Cuaresma» donde describe el vestuario de varias personas que formaban corrillo alrededor de una plazuela: «[...] aquí un grupo de cuatro, vestido, cuál con pantalón de verano, casaquilla gris y gorrita francesa, cuál con su gran capa color corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, a quien todos agasajaban y perseguían; [...]» (Mesonero, 1993: 162).

El costumbrista se considera fiel guardador de la tradición, volcando todas sus críticas contra esa sociedad que adultera las costumbres y está presta siempre a las nuevas modificaciones que proceden del exterior. Observamos cómo sus descripciones hacia los sectores más conservadores son mucho más moderadas, sus alusiones hacia la vestimenta de los grupos que siempre visten igual, que no se ven influidos por ninguna moda imperante, son más indulgentes, incluso amables, como sucede en su artículo *La capa negra y el baile de candil*, donde traza un ligero recorrido por el Madrid más folclórico y sus tipos, prestando especial atención a uno de los más castizos que existían, los *manolos* y *manolas*: «[...] adopté el traje y los modales de un *manolo* verdadero. / Armado con mi calzón y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañés, y embozado sobre todo en mi gran capa, écheme a buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, [...]» (Mesonero, 1993: 208). Los manolos eran generalmente vendedores de frutas, zapateros, taberneros, carniceros, caleseros, cerrajeros y tratantes en hierro, trapos, papel, sebo y pieles, para cuyo tráfico constituían los gremios de traperos y chisperos, entre otros. Su peculiar y característica forma de vestir les diferenciaba del resto de la sociedad madrileña, llegando a convertirse en una tendencia de moda para las esferas sociales más altas.

El casticismo de la aristocracia española la hacía imitar su vestuario y su pose, de forma que es habitual que Goya también pintase a nobles con ropa similar, cuyos cuadros nos acercan visualmente a la moda del momento. Esa forma de vestir representada a través de los pinceles del pintor aragonés está considerada a día de hoy como el arquetipo de la moda española de la época.

Al margen de toda reflexión referida a los artículos de costumbres de Mesonero Romanos sobre la vestimenta a lo genuinamente español, incluida la norma de conducta de los españoles en cuestiones de moda, cabe señalar de nuevo sus reflexiones a tal

respecto en la ya citada obra *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 a 1841*. En dicho libro la moda imprime un carácter especial al francés, convirtiéndole en una especie de ser superfluo, inauténtico y superficial. La moda lo puede cambiar todo, hasta la personalidad del ser humano, solo atañe a la apariencia, a lo externo. Frente a la conducta de la moda de París se encuentra otra más tradicional, más genuina, la que nace de la tradición, la familiar, la que hace caso omiso de los vaivenes de la moda de la sociedad francesa. El concepto de la familia es distinto entre franceses y españoles, pues si bien es verdad que los primeros tienen «sastres afamados que en el corto término de veinte y cuatro horas rehabilitará su persona con todo el rigor de la moda; tiene perfumistas y peluqueros que harán por borrar de su semblante las huellas del tiempo o del estudio [...] tiene mujeres que le entregarán su corazón y dependencias por un tanto al mes. En medio de este aparato de compañía y rodeado de toda esta nube de obsequios, el extranjero acaba por echar de ver que *está solo* [...]». La familia, allí, bajo este aspecto, es más bien una asociación mercantil que una agrupación natural. El marido y la mujer son trabajadores y consecuentes, más por cálculo que por virtud; su amor amistoso está fundado en el mutuo interés de la sociedad; y los hijos mirados como réditos de aquel capital [...] ¡Qué diferencia de nuestra sociedad castellana, donde la franqueza natural, la amabilidad y el desprendimiento abren de par en par las puertas al recién venido, y a dos por tres le brindan aquella expresiva de *Esta casa está a la disposición de usted* [...]. Aquí nadie calcula el timbre ni la riqueza del presentado para medir sus palabras ni profundizar sus cortesías» (Mesonero, 1841: 184-187).

Otro de los dos grandes escritores costumbristas del XIX que emplea la indumentaria como punto central de sus críticas a la nación es Larra, fundamentalmente cuando se refiere a la vestimenta o conducta de los tipos que desempeñan oficios propios de las clases sociales más bajas, como criados, caleseros o empleados de fonda como, por ejemplo, en los artículos «La fonda nueva», «La diligencia» y «La Nochebuena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico». Entre ambos escritores existen grandes diferencias en sus ideales aunque tienen en común que se sirven de la indumentaria para hacer sus críticas sociales. Mesonero Romanos plantea sus juicios sin ningún tipo de exageración, con ponderación, sin herir a los demás, con un tinte dulzón que se contrapone con el incisivo costumbrismo de Larra, que es el eterno insatisfecho, cuya actitud resulta más crítica, incluso hiriente. Frente a él, Mesonero Romanos hace un análisis del tipo o de la escena más sosegado, más equidistante, sin compromiso alguno.

La visión del patriotismo es tratada desde diferentes ópticas. Mesonero intenta defender lo autóctono, lo castizo, contra la invasión corruptora de las formas y modos extraños, consciente de que no solo las costumbres pueden ser dañadas por la influencia exterior, sino que también hasta el mismo idioma puede sufrir las nefastas consecuencias de las variantes idiomáticas provenientes del extranjero, pues nuestra lengua está plagada de neologismos innecesarios y superfluos, tal como hemos visto en ejemplos anteriormente citados. Su patriotismo, pues, lo lleva en algunas ocasiones a elogiar lo español por el mero hecho de serlo. Lo más frecuente en Mesonero es su intento de reforma tanto en las costumbres como en los hábitos, un tipo de reforma pragmática. Sin embargo, en Larra observamos un comportamiento distinto, pues sus críticas reiterativas a modos y comportamientos de los españoles atañen a la conducta de los mismos más que a sus formas, a sus tradiciones populares o a la descripción de tipos castizos como sinónimo de lo español. Pese a estas diferencias ambos se consideran guardianes de la tradición, volcando todas sus críticas contra esa sociedad que adultera las costumbres y está dispuesta siempre a las nuevas modificaciones que proceden del exterior.

Larra identifica la manera de vivir con la libertad, asocia las costumbres con la libertad, con los modos de diversión, y esto se aplica también al modo de vestir, como modo de ver y vivir la verdadera libertad, como deja explícito en «Jardines públicos»: «un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ella» (Larra, 1960, I: 412). Una libertad que se refleja en las formas de vida nacional que son los hábitos: en los paseos, bailes, fondas, diligencias, casas, diversiones, modas y, en definitiva, en todas las actividades de convivencia. La vida pública no es solo intelectual o política, sino que incluye el modo de vestir:

A los que no ven solamente la corteza de las cosas, excusado es decirles que hasta en los trajes se trasluce el espíritu dominante del siglo: la moda reguladora de los gustos y opiniones es la misma en punto a trajes que en punto a política y a literatura: su carácter particular es la libertad: apenas puede decirse que hay principios políticos ni literarios. Lo mismo puede asegurarse en punto al vestido, y sea dicho de paso, este es uno de los síntomas que descubre las ideas dominantes de la época. Gobierno, mezcla de usos antiguos e ideas modernas, [...]: trajes, en fin, en que se dan la mano el gusto anticuado de los siglos pasados y la noble comodidad y elegante sencillez de un siglo de realidad (Escobar, 1983: 161-165).

Según este artículo de modas, donde mejor se experimenta la visión de quienes viajan al extranjero es en la indumentaria, en la forma de vestir. El cambio se percibe en el Paseo del Prado donde se exhibe la vida pública de Madrid, y se transforma para los costumbristas en la insignia de la revolución social:

El Prado comienza a presentar el aspecto de un pueblo libre. ¿No hay cierta relación entre la Inquisición y aquella monotonía de la basquiña y la mantilla, traje oscuro, negro, opresor y pobre de nuestras madres? La mantilla y la basquiña estrecha de las señoras, y la capa encubridora y sucia de los hombres ¿no presentaba el aspecto de un pueblo enlutado, oscuro y desconfiado? Véanse, por el contrario, esos elegantes sombreros que hacen ondear sus plumas al aire con noble desembarazo y libertad; esas ropas amplias e independientes, sin traba ni sujeción, imagen de las ideas y marcha de un pueblo en la posesión de sus derechos: esa variedad infinita de hechuras y colores, espejo de la tolerancia de los usos y opiniones. Esos gayos y contrapuestos matices ¿no parecen un intérprete de la general alegría? El Prado de ahora y de veinte años atrás son dos pueblos distintos, y parecen, separadamente considerados, dos naciones distintas entre sí (Escobar, 1983: 166).

En el Prado ve una España distinta a la que antes veía. Nos habla de dos Españas totalmente opuestas en su forma de entender la vida. Por un lado, una España arcaica que es castiza; y por otro lado, una España joven, europeizada, independiente y soberana. Compara las dos Españas a través del sentido de la moda: por una parte la mantilla típica nacional y, por otra, el novedoso sombrero que viene de Francia.

Larra mantiene un espíritu anti castizo, apoya el cambio que se ve en España debido a los emigrantes que regresan al país con nuevos trajes, nuevo colorido. Una emigración que hace posible que la nación se rejuvenezca, sea más alegre y europea, más tolerante y, en definitiva, más alegre. Esta contraposición no podía ser más provocadora para los costumbristas castizos que desencadenaron una reacción en contra de todo lo extranjero.

Larra se viste y se arregla a la europea para pasear por un Madrid enlodado y conspirador, y su conducta representa el progreso, la civilización, la libertad y el estilo o moda a

la europea. Su persona y su vestimenta son una contestación a la ordinarietà de los madrileños. Ejercita así su libertad. Profundamente español, ejerce de afrancesado, aunque se muestre asaz crítico contra el aluvión de obras francesas de nula calidad literaria pero aplaudidas con frenesí por el público español. De ahí su eclecticismo en su artículo, pues, censura lo español. Quiere a España libre, apartada de ideales castizos. Escribe siempre desde la independencia y hacia el europeísmo. Le interesan las obras europeas porque, según él, traen libertad y modernidad. Se trata de una voluntad de superación de la sociedad, en la que cree totalmente, más que de un individuo concreto. A Larra le importa el hombre, de ahí que intente aleccionarlo para que cambie su conducta, su forma de pensar y acepte los avances que se producen en otros países sin cuestionarlos y sin ningún tipo de prejuicios. Sus artículos de costumbres están llenos de frescura, nos aproximan y confrontan a unas cuestiones que continúan vigentes; sus tipos vestirán con prendas del siglo XIX, sin embargo, al investigar sus pensamientos los percibiremos modernizados. No se contenta con revelar una costumbre o un tipo, sino que nos presenta una visión más extensa de la España del siglo XIX. Fija su mirada en la clase media y desprecia a los representantes de las clases populares, no censurando al pueblo, pues lo que pretende es modificarlo a través de la educación y la cultura.

Otro de los autores imprescindibles para tratar el asunto de la moda en la literatura del siglo XIX es, sin duda, Antonio Flores. Uno de los aspectos que resulta más relevante en el análisis de su obra es su españolismo. El autor hace gala de ello y no faltan ocasiones en las que nos demuestre cuán ajeno está a toda influencia extranjera. Desde las páginas de *El Laberinto*, revista fundada por el propio Antonio Flores, mostrará su animadversión contra las modas y costumbres extranjeras, en consonancia con la actitud crítica de Mesonero Romanos. Para Antonio Flores todo lo extranjero es sinónimo de repulsa y objeto de dura crítica por los males que aporta a nuestra sociedad. Por el contrario, elogia a todo lo tradicional, ofreciéndonos el castizo mundo de Madrid, donde se sitúan las manolas y los majos, deseando que entre los escritores modernos surja otro don Ramón de la Cruz. Flores se aflige al observar cómo el casticismo madrileño va perdiéndose para dar entrada a las modas gabachas y suplica para que las buenas costumbres y hábitos no se pierdan, aunque la Corte no sea un buen ejemplo para ello puesto que en ella se admiran las formas extranjeras como sinónimo de buen gusto, todo ello siempre haciendo uso de un humor desenfadado, presentando el lado ridículo de las cosas. En su excelente publicación costumbrista *Ayer, Hoy y Mañana* Flores destaca la trascendental importancia de los barrios más castizos de Madrid, los únicos que se sublevaron contra los franceses de forma espontánea en la Guerra de la Independencia. Para el citado costumbrista lo tradicional español debe erigirse contra las modas francesas, pues se introducen en todos los órdenes de la vida social española, desde la gastronomía o moda, hasta las configuraciones urbanísticas o forma de celebrar las festividades.

Actitud negativa que podemos apreciarla en el tema de la indumentaria, con un inmenso desprecio hacia las modas gabachas, apreciándose un matiz xenófobo hacia el país vecino (Crespo, 2015: 1299). Por ello, es por lo que tratará de combatir a la sociedad que se presta al juego de tales imposiciones e introduce una serie de escenas en donde el francés es pintado con trazos que rayan en el ridículo, siendo objeto de las más dispares críticas, apareciendo afeminados y aprovechados en la mayoría de los casos: «La verdad es que eran tres franceses sin sexo conocido, especie que abunda mucho en el vecino reino, vestidos de hombre dos de ellos, y de mujer el otro, con una criatura pequeña, de la cual no importa el sexo, puesto que el tonelete hace de todo» (Rubio, 1977: 101).

En el artículo «Una Semana en Madrid», publicado en la revista madrileña *El Laberinto* (1843-1844) aparecen elementos de crítica que se repetirán en toda su obra, en el

artículo «Martes» las referencias a la moda quedan muy bien especificadas, criticando de forma satírica y mordaz las modas francesas que han invadido la capital española y han sustituido prendas y complementos que antes eran admirados por ser piezas auténticas y genuinamente españolas. Incluso tipos tan castizos como *las manolas* han desaparecido de la escena social:

En vano busca la vista al recorrer las calles de Madrid, uno de esos sombreritos calañeses, sobre un mechón de pelo que oculte parte de las cejas, rematando en un gracioso rizo, que adorna la sien, en el punto mismo de donde parte una patilla a lo Daoiz, (único adorno español que usan nuestros elegantes;) una chaquetilla corta, y un pantalón angosto de la rodilla, y muy ancho de la parte inferior que enseñando tres dedos de media blanca ostenta un zapato ídem con un gran lazo del mismo color. Ya es inútil que los *gabachos* pregunten por los *chispegos*; ¡el barrio de Maravillas ha quedado desierto! Sus moradores han sufrido una verdadera transmigración. El afán de la innovación les entró por la cabeza, y cuando los sombreros redondos sustituyeron á los calañeses, las mantillas de franja, cedieron el puesto á la blonda. Mas tarde los vestidos largos, cubrieron la siempre libre y respetada de los huracanes graciosa pantorrilla, y el lindo pie envidia y asombro de las francesas, hace escondido entre prolongadas colas de las sayas modernas.

El último día que yo vi la última *manola legítima* que probablemente habrá quedado en Madrid era martes.

Esperando la resurrección de esa interesante familia madrileña, honra y gloria de nuestras costumbres nacionales, voy a darme unos cuantos paseos por la Puerta del Sol, y no hay sino ver ese maestro compositor buscando cantantes para su ópera, entre los forasteros, y los piamonteses de los organillos (Flores, 1863, I: 19-20).

En las descripciones contemplamos la relación detenida y exacta de las modas de su tiempo, rechazando toda innovación que pueda quebrantar los gustos tradicionales. Sus descripciones ofrecen la comicidad y el ridículo consabido sin abandonar nunca la probada realidad de la sociedad. Flores sitúa, a modo de balanza, el pasado y el presente, inclinándose por todo lo pasado como sinónimo de autenticidad.

Sin lugar a dudas, Antonio Flores es uno de los escritores del siglo XIX que más arraigo hacia lo español tiene, junto a Mesonero Romanos, de ahí que podamos extraer ciertas similitudes entre ambos autores.

En el cuadro titulado «Manolos y chisperos o el Lavapiés y el Barquillo», habla de los personajes masculinos más auténticos de la capital española anotando que son los que más tiempo han sobrevivido a las influencias extranjeras:

[...] habiendo sido los manolos y los chisperos, los que más han tardado en rendir las armas y en dejarse coger prisioneros por las ideas modernas, nos ha parecido que para cerrar este gran cuadro de oscurantismo, no había mejor retrato que el del hombre que más se ha defendido contra los efectos de la civilización.

Por otra parte, y esto debe tenerse muy en cuenta, el verdadero pueblo de Madrid lo constituían los majos; las demás clases de la sociedad madrileña formaban la corte y eran una población artificial y heterogénea, nacida en derredor del trono y que a donde hubiese mudado su residencia el monarca habría llevado sus hábitos y sus costumbres (Flores, 1863: 391).

Antonio Flores muestra una profunda antipatía hacia lo extranjerizante. El autor arremete duramente contra los franceses y las modas gabachas, así como también contra las capas sociales españolas tachadas de afrancesadas. No obstante, habría que destacar que si por un lado dedica grandes alabanzas a lo genuinamente español, por otro censura o ridiculiza todo lo que sea sinónimo de repulsa o conlleve un aire de costumbre zafia o grosera.

La moda en los textos de Mesonero Romanos y Antonio Flores juega un papel relevante a la hora de tratar el tema del patriotismo. Las prendas de vestir que portan los personajes desvelan unas formas de ser y de actuar en el conjunto de la sociedad que son analizadas con gran precisión por dichos autores, a través de las cuales ensalzarán los valores nacionales y/o criticarán lo extranjero. Es, en cierto modo, un rasgo xenófobo que no irá contra un país determinado, sino contra una costumbre o hábito que corrompe la forma de vestir de los españoles. En el caso de Larra sus críticas estarán encaminadas hacia el comportamiento social, en consonancia con lo publicado por Clavijo en *El Pensador*, pues dirige sus dardos contra aquellas personas que dilapidan la fortuna o gastan su humilde pecunio con tal de seguir los dictados de la moda. Actitud que emparejará también a Larra con lo expresado en ciertos momentos en las *Cartas Marruecas* de Cadalso.

Madrid, como capital de la nación y corte de la monarquía, se convirtió en la pasarela de la moda de la época, donde lo extranjerizante y lo castizo coexistían y se oponían, pero también se influían mutuamente.

BIBLIOGRAFÍA

- CLAVIJO Y FAJARDO, José (1763-1767), *El Pensador*, Madrid, Imprenta de Joachin Ibarra.
- COLOMA, Luis (1977), *Pequeñeces*, Ed. Rubén Benítez, Madrid, Cátedra.
- Correo de las Damas: Periódico de modas, bellas artes, amena literatura, música, teatros*. Madrid: Imprenta de Sancha - J. Palacios, 1833-1835.
- CRESPO SÁNCHEZ, FRANCISCO JAVIER (2015), «La imagen del petimetre en la prensa española a finales del siglo XVIII» en F. Labrador Arroyo (ed.), en *Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, Ediciones Cinca, pp. 1295-1312.
- CRUZ Y OLMEDILLA, Ramón de la (2006), *Sainetes*, Madrid, Cátedra.
- ESCOBAR ARRONIS, José (1983), «El sombrero y la mantilla: moda e ideología en el costumbrismo romántico español», *Revisión de Larra*, París, Les Belles Lettres, 161-165.
- FLORES, Antonio (1863), *Ayer, hoy y mañana o la Fe, el vapor y la electricidad*, t. I, Madrid, Imprenta del Establecimiento de don Francisco de Paula y Mellado.
- GONZÁLEZ TROYANO, Alberto (1994), «El petimetre: una singularidad literaria dieciochesca», *Ínsula*, nº 574, pp.20-21.
- JIMÉNEZ MORALES, María Isabel (1997), «Presumidos, calaveras y tronados: sátira contra la ociosidad decimonónica», en A. Ramos Santana (coord. y ed.), *VIII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850). La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX*, Cádiz, Universidad de Cádiz, pp. 151-167.
- Laberinto. Periódico Universal, El*. Madrid: Imprenta de J. Boix, 1843-1845.
- LARRA, Mariano José de (1960), *Obras de D. Mariano José de Larra (Fígaro)*, Edición y estudio preliminar de Carlos Seco serrano, Madrid, BAE.
- (1984), *Artículos*, Enrique Rubio Cremades (ed.), Madrid, Cátedra.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de (1841), *Escenas y tipos matritenses*, Madrid, Imprenta de D. M. de Burgos.
- (1993), *Escenas y tipos matritenses*, Enrique Rubio Cremades (ed.), Madrid, Cátedra.

RUBIO CREMADES, Enrique (1977, 1978 y 1979), *Costumbrismo y folletín. Vida y obra de Antonio Flores*, 3 vols., Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos.

——— (2005), *Periodismo y literatura: Ramón de Mesonero Romanos y el Semanario Pintoresco Español*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.

RUÍZ CÁCERES, Rocío (2018), *Literatura y moda en la España finisecular del siglo XVIII y centuria del XIX*. Tesis doctoral leída.

Semanario Pintoresco Español, Madrid, Imprenta de Don Tomás Jordán, 1836-1857.

VALERA, Juan (2003) *Correspondencia*, vol. II (Años 1862-1875), Edición de Leonardo Romero Tobar (dir.), María Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, Madrid, Castalia, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica.